

La idea de lo “orgánico” en la Escritura (5)

Prof. Hanko

Adán era la cabeza de toda la obra de Dios en el universo físico, no sólo de la humanidad, sino también de la creación. Cayó, sumiendo a toda la raza humana en la oscuridad y la desesperanza de la depravación total. La maldición de Dios cayó también sobre la creación misma. La maldición de Jehová recayó sobre la tierra porque Adán pecó (Gn. 3:17), pero en Romanos 8:19-22 Pablo nos dice que toda la creación gime y sufre dolores de parto bajo la maldición, esperando la salvación de los hijos de Dios.

Esto es importante porque significa, como aclara el pasaje de Romanos 8, que la creación que está bajo la maldición será liberada con los hijos de Dios, es decir, en la redención de los elegidos realizada por Cristo. A menudo lo olvidamos. El Señor Jesús llevó nuestra maldición, pero también llevó la maldición de Dios sobre la creación. El resultado es que la jefatura de Cristo sobre Su pueblo elegido, que “escogió en Él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4), se extiende sobre todo el universo, de modo que Él es cabeza de todo.

Pero hay más. Colosenses 1:20 insiste en que Cristo es la cabeza de todas las cosas “en los cielos”, así como de todas las cosas en la tierra. Es casi como si el apóstol pensara que podríamos dudar de su afirmación de que nuestro Salvador es también la cabeza de las cosas celestiales y de la creación celestial. Pero es verdad. La Escritura enseña que Cristo es Señor de todo, incluidos los cielos nuevos y la tierra nueva del futuro.

Dios creó a los ángeles, posiblemente en el sexto día, cuando creó al hombre, aunque la Escritura no nos lo dice específicamente. Cuando el diablo se rebeló contra Dios, un gran número de ángeles también pecaron personalmente y cayeron en la misma depravación total que Satanás.

Las Escrituras se refieren a los “ángeles elegidos” (I Ti. 5:21). La eterna e inmutable elección y reprobación de Dios abarca tanto a los ángeles como a los hombres, por lo que se aplica tanto a los ocupantes del cielo como a los de la tierra. En el cielo, la elección y la reprobación se manifestaron inmediatamente por la caída de algunos ángeles y la permanencia de otros en la obediencia.

A Satanás se le permitió tener acceso al cielo hasta la ascensión de Cristo, cuando Él lo expulsó. En la antigua dispensación, Satanás aún podía entrar en el cielo, como durante sus diatribas contra Job (Job 1:6-12; 2:1-6; cf. Judas 9; Ap. 12:7-12). El último pasaje también enseña que el Cristo ascendido es el jefe de los ángeles elegidos, pues el arcángel Miguel cumple sus órdenes. Está claro que, mediante Su humillación y exaltación, nuestro Señor Jesús se convirtió en la cabeza tanto de las creaciones terrenales como de las celestiales.

Cuando Dios creó originalmente los cielos y la tierra, los creó como dos creaciones separadas. Eran diferentes en el sentido de que la tierra era física y material, mientras que la creación celestial era espiritual. Eran tan diferentes que las dos no podían tener contacto entre sí, ni los ángeles podían venir a la tierra y los hombres ir al cielo.

Cuando sobrevino la caída, Dios comenzó a obrar Su eterno y más elevado propósito haciendo a Su propio Hijo encarnado cabeza de todo. Dio muchas indicaciones de Su plan y propósito. Prometió a Adán la “simiente” que aplastaría la cabeza de la serpiente (Gn. 3:15). El Antiguo Testamento es la historia de Cristo

y Satanás en su encarnizada guerra que culminaría en la cruz (Ap. 12:1-5). Dios seguía recordando a su pueblo su propósito mediante sus milagros, leyes y profecías, así como a través de las visitas de los ángeles y las palabras de hombres destacados que hablaban de la venida del Mesías.

Cuando el niño Jesús fue concebido y nació de la virgen María, Dios vino en nuestra carne en el mayor milagro que tuvo lugar en toda la historia. Cristo vino para morir por su pueblo y unir así ambas creaciones en la alabanza del Dios Trino.

Su resurrección de entre los muertos rompió la barrera que había existido en la antigua dispensación. Cristo sorprendió, por así decirlo, al cielo y a la tierra. Se levantó de la tumba de José de Arimatea, un acontecimiento que forma parte de la historia de este mundo. Pero pasó por una puerta que Él mismo creó y que se abrió en el cielo. Su resurrección sólo fue visible en el cielo y allí fue visto. Allí se convirtió en cabeza de todo.

Este nuevo organismo será finalmente perfeccionado en el regreso corporal de nuestro Señor, cuando esta tierra sea destruida por el fuego, los elegidos sean salvados y todas las cosas, incluidas las celestiales, sean hechas nuevas. Cristo será reconocido universalmente como Señor (Fil. 2:9-11). Él será la cabeza de todo. El viejo mundo arderá en el fuego, los seres humanos regenerados serán liberados del pecado y de la muerte, los ángeles elegidos disfrutarán de una bendita comunión con la humanidad redimida, y toda la creación se unirá como un gran organismo a la gloria eterna del Dios vivo y verdadero.

Esta es la enseñanza de las Escrituras sobre las grandes obras de nuestro Dios del pacto. No podemos celebrar su grandeza sin ver cómo se ha revelado en sus poderosas obras en su amado Hijo: Cristo, cabeza sobre todos; los elegidos, el propio cuerpo de Cristo; los santos ángeles, sus “espíritus servidores” (Heb. 1:14); y toda la nueva creación, cielo y tierra, su posesión eterna de Cristo y su iglesia. El viejo organismo cumplirá su propósito y será barrido para hacer lugar a este glorioso organismo.

Qué fácil es perder de vista la gloria de Dios en nuestra preocupación por los problemas y las cosas terrenales. Cuán grande es la majestad de nuestro Dios revelada en Cristo y en su obra cósmica. Qué hermosamente retrata la revelación bíblica todas las obras de Jehová unidas para alabar eternamente a Aquel que lo ha hecho todo. Elevemos nuestros ojos a lo alto y adoremos a Aquel cuyos caminos son inescrutables.
Prof. Hanko